



OTRO DÍA COMIENZA

Briguith Yamna Tapia Paripanca

Me despertaba con el cantar de los gallos. Otro día comenzaba. Con papá, mamá y mis hermanos vamos todas las mañanas a buscar leche de la vaca.

Cuando llegábamos a casa, mamá empezaba a cocinar, papá se encargaba de las cosechas, y mis hermanos y yo, íbamos a darles comida a los animales.

—¡Hola Anita! —saludaba a mi pequeña cerdita.

Luego de dar de comer a los animalitos, con mis hermanos jugábamos a trepar los árboles.

—El que llega último pierde, a la cuenta de 3... ¡1, 2, 3! —una vez más gané yo.

Cuando estábamos allá arriba, lográbamos observar todo el paisaje y respirar aire puro.

—¡Carolina, Pedro, Juana, Carmen!

—¡Mamá nos está llamando! —dije fuerte— ¡Bajen rápido!

A medida que íbamos llegando a casa, había un olor que salía de ahí: era la rica cazuela de mamá. Todos nos sentamos a comer. Apenas terminamos de almorzar le ayudé con las cosas; de pronto noté algo raro en ella.



—¿Mamá, estás bien? —le pregunté a mamá.

—Sí, Carmen, ¿por qué lo preguntas? —respondió.

—Es que pareces un poco pálida —le dije preocupada.

—Ah, no te preocupes no es nada, solo debe ser el cansancio —respondió.

De repente empezó a toser y se colocó en la boca un paño que tenía guardado; cuando se lo quitó vi un poco de sangre en él. Empecé a sentir miedo. Mamá ocultó el paño rápidamente, y aunque vi la sangre, hice como si no hubiera visto nada.

—Mamá, deberías ir al doctor —dije preocupada— estás con esa tos hace más de un mes.

—No te preocupes —dijo mamá, mientras mis hermanos se dirigían hacia la puerta.

—Carmen, ya, ¡vámonos! —dijeron mis hermanos.

Mientras caminábamos les dije sobre lo que sucedió con mamá; nadie dijo ninguna palabra.

—No estemos tristes; todavía no sabemos lo que tiene, puede que no sea nada grave —les dije animándolos.

—Es cierto, tenemos que llevarla al doctor mañana mismo —respondió Carolina afligida.

A medida que nos alejábamos, veíamos nuestra casita solita al medio de tantos árboles, y por la ventana veíamos a una persona humilde que se dedicaba a su casa y familia; ahí estaba mamá preparando las ricas sopaipillas.

Para la once, papá ayudó a preparar la mesa, y nosotros a mamá con las sopaipillas y el matecito caliente que a todos nos gustaba. Pasamos una noche llena de risas.

Apenas salió el sol, el cantar de los gallos me volvió a despertar. Otro día comenzaba. Mamá y mis hermanos habían salido muy temprano a comprar ricos panes amasados para desayunar; papá y yo preparábamos la mesa. Mientras lo hacíamos le conté lo que pasó ayer con mamá. Papá se quedó callado por un momento.

—También vi que una vez le salió sangre, pero no quise decir nada para no preocuparlos —respondió— Tenemos que llevarla urgente al médico hoy.

Justo llegaron mi mamá y mis hermanos, nos llamamos rápidamente. Desayunamos pan amasado y leche de vaca.

Fuimos a dar comida a los animalitos. Cuando regresamos a casa, mamá había cocinado unos ricos porotos que a todos nos gustan.

—Ya llegamos, mamá —dije esta vez con un tono serio.

—¿Pasa algo? —preguntó mamá preocupada.

—Queremos que vayas al médico esta misma tarde —en ese momento justo llegó papá.



—Así es, necesitas ver a un médico urgente, nosotros te acompañaremos — dijo papá muy decidido.

Mamá aceptó ir y esa misma tarde fuimos al médico. Solo entraron mamá y papá, nosotros tuvimos que quedarnos afuera. Mientras esperábamos, tenía miedo por lo que diría el doctor. De repente se abrió la puerta, y mamá y papá salieron tristes.

—¿Qué pasó? ¿Qué les dijo el doctor? —pregunté con voz temblorosa. Nadie respondía, solo se miraban entre ellos.

—Por favor, ¡respondan! —les dije casi llorando.

—El doctor dijo que tiene tuberculosis, las bacterias ya se comieron un pulmón —respondió papá.

En ese momento, mi mundo se vino abajo. No podía llorar, solo sentía un gran nudo en la garganta. Mis hermanos no lograban decir ninguna palabra. Papá y mamá nos abrazaron muy fuerte.

Pasaron los días y mamá empeoraba cada vez más, hasta que ya no despertó. Mamá falleció cuando yo tenía apenas 12 años. La enterramos en el lugar que siempre quiso, el cerro que está al frente de nuestra casa.

—Estarás con nosotros siempre, mamá —dijo Carolina entre sollozos.

Ese día llovió mucho, incluso con truenos.



Otro día comenzaba. Esta vez no me desperté con el cantar de los gallos, hacía mucho frío, el cielo estaba nublado. Papá se había levantado muy temprano y se fue al trabajo sin desayunar.

—Carolina, Pedro, Juana —los llamé, pero nadie me respondió.

Asustada fui a verlos y estaban durmiendo. Los veía y me acordaba de mamá; no pude contener las lágrimas...

—No llores Carmencita —dijo Carolina—. Mamá no se ha muerto, ella todavía está con nosotros.

Fuimos a buscar leche de la vaca y, mientras caminábamos, recordábamos los momentos que pasábamos con mamá, su voz, su risa, todo lo de ella estaba muy intacto en mi mente.

Pasaron los meses y una mañana desperté con el cantar de los gallos y los rayos de luz que llegaban a la ventana de mi pieza. Otro día comenzaba. Me acerqué a la ventana y, después de mucho tiempo, logré respirar aire puro, observar cómo se movían las nubes blancas y ver el gran sol que me iluminaba. Fue en ese momento que entendí que tenía que seguir con mi vida. Me cambié y fui a comprar los ricos panes amasados que solíamos comer con mamá; preparé el desayuno y llamé a mis hermanos y a papá.

—¡Vengan a desayunar! —grité.

Bajaron rápidamente, todos muy sorprendidos.

—Ya es hora de que sigamos nuestras vidas.

Todos sonrieron y me abrazaron. Ese calor de abrazo, por fin lo vuelvo a sentir.

—¿Qué vamos a cocinar? —pregunté de repente.

—¿Qué te parece cazuela? —dijo papá.

—No será igual a la que hacía mamá, pero estará deliciosa —les dije.

—Esos árboles nos esperan —les dije a mis hermanos.

—¿Qué árboles? —preguntó papá.

Todos comenzamos a reír. Papá nos acompañó, y comenzamos a trepar. Luego nos acostamos en el pasto, y mientras descansábamos empezamos a jugar con las nubes. Fue la tarde más feliz que tuvimos en mucho tiempo.

—Vamos a volver a ser la familia que éramos antes —dijo papá.

Luego nos abrazó. Otro día comienza...

Briguih Yamna Tapia Paripanca

14 años

Arica

Segundo lugar regional